



JULIO Camba, nuestro filósofo céltico... Decimos esto de céltico por ser Julio Camba gallego, y muy gallego por cierto, y por haber quedado en que los gallegos son de raza céltica con gotas de suevo. Y aunque no sepamos qué es eso de raza céltica. Pero Camba no nos parece muy suevo, aunque sí céltico. Desde luego no le encontramos ibérico, ni siquiera celtibérico. El que acaso sea ibérico es el vasco —o *eusko*, si ustedes quieren— que escribe estas disquisiciones sueltas. Camba céltico, el escritor aquí presente —servidor de ustedes— ibérico... ¡figúrense nuestros celtibéricos lectores!

Julio Camba, pues, nuestro filósofo céltico, en una crónica en que hablaba de Ferrer y de los españoles y en la que por cierto recordaba como ya antaño le advirtió al Sr. Maura, que en vez de a Francisco Ferrer Guardia se debió haber fusilado al ibérico escritor que escribe estas líneas, o a D. Francisco Giner o al doctor Simarro, decía así:

«No. A Ferrer no se le ha fusilado porque no era un pedagogo ni un sabio. Por lo menos las obras de la colección Sempere se las había leído y esto le ponía en un nivel de cultura muy superior al de los hombres que dispusieron su fusilamiento...»

De perfecto acuerdo en esto, con nuestro iberismo y todo, con nuestro filósofo céltico.

Somos de los que a raíz del fusilamiento de Ferrer más insistimos —acaso con exceso— en quitarle importancia al fusilado y en ponderar lo sincero, pobre y vulgar de su... cultura. Como que aquella nuestra idea de su valor mental y moral y la repugnancia que sentíamos y sentimos por esa pseudo-cultura de colecciones no de vulgarización sino de avulgamiento de la ciencia y de la no ciencia nos llevó a pasar por alto la enormidad de un fallo que, sin suficientes pruebas, hizo un mártir de quien sólo era un fanático sin ciencia.

La cultura —llamémosla así— de Ferrer creemos, en efecto, que no era ni honda ni sólida, pero en todo caso no inferior a la de los Sres. Maura, Cierva, Ugarte y demás que, de un modo o de otro, intervinieron en aquello. Muy superior, desde luego, a la del director y propietario del *A B C*. Estos señores tendrían no poco que aprender de la colección Sempere. Por lo menos a conocer las doctrinas contra las que dicen que combaten. Ya Carducci dejó para siempre dicho que los conservadores son «desvergonzadamente triviales».

No hay que olvidar, además, que si en la colección Sempere abundan obras de avul-

garizamiento pseudo-científico, en las colecciones de la acera de enfrente... ¡hay cada cosa! Frente a la vulgaridad racionalista hay una vulgaridad católica. ¡Corre por ahí cada libro de reputación!

¡Y nuestros políticos abogados —como los

tres que citamos— cuando se salen de su rabulería sueltan cada cosa!

Una de las causas que más agravaba los fallos de los tribunales del Santo Oficio era una quisicosa que se enseñaba y se enseña en los Seminarios y conventos y a que llaman teología moral. Hay que leerla en cualquier autor, en Gury, v. gr. Y después volver a repasar los Evangelios.

La *Theologia Moralis*, con todos sus casos y su casuismo, no sirve sino para enturbiar y entorpecer la conciencia moral cristiana.

Y así como en Seminarios y Conventos se enseña esa teología moral «no se enseña acaso en ciertas Academias una especie de *patriología* moral o patriotismo profesional que sólo sirve para enturbiar y entorpecer la recta conciencia moral civil de la humanidad, o sea la recta conciencia moral humana de la civilidad. ¿Hay quien cree que la conciencia profesional patriótica de un von der Goltz, v. gr. —el que organizó el ejército turco y luego tiranizó a Bélgica— es conciencia ni civil ni moral ni humana si quiera?»

La teología moral católica, creando artificiosamente delitos, produjo las monstruosidades de la Inquisición eclesiástica, y la *patriología* moral militar, creando también delitos artificiales, puede producir monstruosidades de una Inquisición laica. Laica pero civil.

Ni la herejía religiosa ni la herejía patriótica son delitos para la recta conciencia moral, civil y humana.

